

ALFAGUARA



Marina Mayoral

Bajo el magnolio

*A mis lectores de ayer, de hoy y de mañana.
Por su compañía a lo largo de los años
y por la esperanza de seguir viviendo
en su recuerdo.*

«Allí donde el sepulcro que se cierra
abre una eternidad,
todo lo que los dos hemos callado
lo tenemos que hablar.»

BÉCQUER, rima XXXVII

«Si alguna vez la vida te maltrata,
acuérdate de mí,
que no puede cansarse de esperar
aquel que no se cansa de mirarte.»

LUIS GARCÍA MONTERO,
Habitaciones separadas

I

Estaba seguro de que tarde o temprano vendría a hablar conmigo. No sé bien por qué, pero estaba seguro. Quizá por eso del punto de vista que usted cuenta siempre...

Soy un palurdo, pero leo y me entero de lo que dice la gente que sale en los periódicos. Muchas cosas serán mentira, sobre todo lo de los políticos, pero usted no gana nada con decir eso, así que supongo que es verdad, que quiere conocer la otra parte, la otra versión. Aunque también puede ser que lo diga por quedar bien. Es bonito lo de ponerse en la postura de los otros. No sé si eso se lo aplica a su vida; todos somos muy imparciales con las historias de los demás, pero cuando nos toca a nosotros no vemos más que nuestra razón, nuestra verdad. Y nos parece que los otros están equivocados, o mienten. Pero el caso es que no me sorprende verla aquí; sólo que haya tardado tantos años. Si espera un poco más, tendríamos que hablar en la otra vida.

No, no estoy molesto ni resentido. Ni con usted ni con Laura por lo que le contó. Lo que pasa es que en muchas cosas no estoy de acuerdo. No sé si Laura se lo contó tal cual o si usted lo escribió a su manera. En todo caso, reconozca que lo normal es dejar hablar a los dos y, si me apura, hasta a los tres, porque también su marido tendría algo que decir. A mí me deja como un resentido y un am-

bicioso, que se va apoderando de todo lo que era el patrimonio de Laura, pero el marido queda aún peor, como un imbécil y un egoísta. Y digo yo que algo bueno tendría, aparte de ser guapo, para que ella siguiera con él cuando ya estaba hecho una ruina.

No se me justifique, que no hace falta... Será una novela, pero usted ha contado la vida de personas de carne y hueso y ha hablado de este Pazo y de estas tierras, así que no sé yo qué clase de novela es ésta*. Y en cuanto a dejar hablar sólo a Laura, pues está bien claro: a usted le interesaba ella, y no hay más explicaciones. Las mujeres se entienden entre sí, y cuando se ponen de palique no hay quien las pare. Ahora, por curiosidad o por lo que sea, quiere hablar conmigo. Pues muy bien. Si yo no quisiera, con callarme estaba del otro lado. Pero no me voy a callar, soy ya demasiado viejo para callarme. Le voy a decir lo que pienso de todo esto. No creo que hubiera mala fe por su parte, desde luego, pero pienso que algunas cosas las debió de entender mal, o Laura se las contó a su manera, o quizá, si es una novela, se las ha inventado usted a su gusto; no sé. Las personas somos difíciles de entender y tampoco es cierto eso de que hablando se entiende la gente. Hablando se dicen a veces palabras de las que después uno se arrepiente, porque se dicen en un momento de arrebato o de malhumor, y la verdad es otra cosa, que a veces no se dice nunca.

Para empezar por lo más fácil: usted le da mucha importancia a que Laura era «la señorita», la nieta de los señores del Pazo y a que yo era el

* Se refiere a *Unha árbore, un adeus*, Galaxia, Vigo, 1988.

hijo del guarda. Y sí, eso era así, pero, cuando Laura y yo íbamos juntos a la escuela de su padre, los abuelos ya no vivían, el Pazo era una ruina y en aquella casa no entraba más dinero que el sueldo de don Marcial, un sueldo de maestro, ya se imagina para lo que daba, ni para tapar goteras, y eso gracias a que la gente, agradecida, no le cobraba más que el material de las reparaciones. Y que nunca le faltaba una liebre o unas truchas de regalo, porque todo el mundo lo quería y todos le debían favores.

La forma de vivir estaba cambiando y lo que la gente admiraba y lo que deseaba era un coche, o un piso en la capital, no el caserón arruinado del Pazo. A don Marcial le tenían respeto y cariño, se lo había ganado por como era, pero nadie quería ser maestro, ¿comprende?, ni nadie se acordaba de los abuelos de Laura.

A mí sí me gustaba el Pazo, me gustó siempre, porque a mí me gustan las casas bonitas y el Pazo, ya lo ve, es una preciosidad. Y ahora a la gente le gusta, porque el mundo da muchas vueltas, y resulta que vuelven a la tierra y lo que está de moda es tener una casa en la aldea; no en cualquier aldea, en la aldea de uno, y decir que aquella es la casa de la familia. Y muchas veces no hay tal casa de familia. La mayoría tenía un corral, o un cobertizo para las gallinas, o nada, los padres o los abuelos vivían por dos reales en un sitio miserable. Pero a los hijos o a los nietos les gusta comprar una tierra o una casa o hacerse una nueva, ya sabe: baños, una cocina moderna. Yo he hecho cientos de esas casas, y conozco bien a esa gente. No sólo se hacen la casa, se hacen su propia historia, cómo le

explicaría, parece que quisieran enmendarle la plana a la vida pasada, a la pobreza de los suyos. Y no está mal, a mí no me parece mal. Si tienen dinero se compran un apartamento en la playa, pero primero es la casa del pueblo, arreglar las cuentas con el pasado, ¿me entiende?

Lo mío por el Pazo no tiene nada que ver con eso. A mí el Pazo me gusta por bonito, no porque sea una mansión señorial. Eso lo tiene que entender. Y también que pagué por él más de lo que ofrecían los otros, que pretendieron comprarlo abusando de que Laura tenía agujeros en las manos, y del poco pesquis de don Marcial para los negocios. No fue una estafa. Lo compré al precio al que se vendían estas casonas cuando a la gente no le interesaban.

Tengo ocho hijos y más de veinte nietos. Y me gusta que estén a mi alrededor y que haya sitio para juntarnos cuando nos plazca. El Pazo tiene todo lo que yo necesito: muchas habitaciones, jardín, huerta y la mejor situación del pueblo, con las mejores vistas. Y está bien hecho. Yo no sabría hacer una casa mejor ni más bonita. La única reforma fue darle las comodidades modernas sin estropearlo, respetando la estructura y su aspecto de siempre.

En estos últimos años han pretendido comprármelo varias veces; he tenido muchas ofertas, de mucho dinero. Pero yo tengo ya el dinero que quiero tener, no necesito más. Vivo en el Pazo y vivo a gusto. Y no lo voy a vender nunca. Lo único que me fastidia es que haya sido de Laura, ya ve, porque sé que a ella al final le hubiera gustado tenerlo, y ahora también les gustaría a sus hijos. Pe-

ro vivieron muchos años, ella y su marido y los hijos, del dinero que yo le di a don Marcial por el Pazo. Y todo tiene un precio en la vida.

Eso no se lo contó, pero fue así. Lo pagué más que nadie y le dije a don Marcial delante de testigos que mientras él viviese todo seguiría igual. El que no es agradecido no es bien nacido, y si no fuese por don Marcial yo no sabría más que leer y escribir, y sabe Dios qué habría sido de mi vida. Así que le dije que allí viviría él hasta que quisiera, y cualquiera de su familia mientras él viviese, y también la Nana, que era la criada de toda la vida, la tata que crió a Laura...

No, no vinieron nunca. ¡Pobre don Marcial! Ni por las Navidades aparecían. Allá se iba él a pasar la Nochebuena a Madrid, porque Laura y su marido, decía justificándolos, no podían venir, tenían tanto trabajo. Y a veces ni siquiera se quedaba para fin de año. Ellos tenían fiestas, vivían de otra forma, decía, se iban de vacaciones al Caribe, porque necesitaban tomar el sol en invierno. Ya ve. Y el dinero salía de la venta del Pazo. Y, si en vez de comprarlo yo, lo compra otro, don Marcial acaba sus días en el asilo, como acabó Nana en cuanto él murió.

Todo tiene un precio en la vida. Laura escogió marcharse. Si le tirase de verdad esto, no dejaría que su padre pagase con el Pazo los caprichos de todos ellos. En el fondo no le gustaba tanto como decía. Y al marido le gustaba menos aún. Y los hijos prácticamente no lo conocen. Así que no sé yo a santo de qué vino aquella tontería de plantar un magnolio cuando cumplió los cincuenta. Y pedirme a mí que lo cuidara. El Pazo era ya mío, y ella

lo sabía, aunque hablase de él como si aún fuese suyo. Y también sabía que, aunque ella hubiera tenido el dinero para volver a comprármelo, yo no lo hubiera vendido. Mientras su padre estuvo vivo, yo no hice nada en el Pazo. Arreglar lo indispensable para que no se derrumbara y para que pudiera vivir dignamente: ponerles cristales a las ventanas o tapar las goteras más grandes. Pero cuando él murió era ya otro asunto. No sé a qué vino Laura. A vender los muebles, a meter a Nana en el asilo y ¡a plantar un magnolio! Y a encargarme a mí que lo cuidara. ¡Hay que joderse!... Disculpe, pero hay cosas de Laura que nunca conseguí entender...

No. No lo arranqué. Allí está. En el roquedal de allá arriba. Era el peor sitio de la finca. Se empeñó en ponerlo allí, porque «cuando crezca —dijo—, se recortará contra el cielo y será una hermosura»...

¡Claro que es una hermosura! Porque yo lo cuidé durante años y años para que no se lo llevase la trampa. Había que protegerlo de las heladas y del *tumbaloureiro*, el viento del norte, que allí arrasa. Primero le hice una cerca de cañas y después construí todo ese tinglado de piedra que está viendo...

No, no son unas ruinas. Son muros de piedra que yo hice para proteger al dichoso magnolio. Laura se limitó a plantarlo y a decirme «Cuidalo, Paco», igual que con el granado...

Sí, el granado que plantamos de niños lo arranqué. Me acuerdo muy bien de cuándo lo hice y por qué... Yo tenía diecisiete años, pero ya me encargaba de todo el trabajo que mi padre no podía hacer. Laura se marchaba a estudiar fuera, se iba a la

Universidad. Y yo me quedé aquí. No me gusta arrancar árboles. Don Marcial nos contaba que los franceses plantaron muchos árboles en España cuando vinieron aquí con Napoleón, cuando nos invadieron. La gente del pueblo odiaba a los franceses. Y, cuando consiguieron echarlos de España, arrancaron los árboles que habían plantado. Don Marcial nos decía a los niños que eso estaba mal, que los árboles son algo bueno y que no tienen la culpa de las rencillas de los hombres. El granado ha sido el único árbol que yo he arrancado en mi vida...

No lo hice por venganza. Fue para protegerme. Para no dejarme arrastrar por la manera de pensar de Laura. Plantar aquí un granado era una locura. No se dan. No es el clima ni la tierra adecuados. Y además se lo comían las plagas, una tras otra. Un día lo vi lleno de gusanos, aquel árbol raquítico y solo, y pensé que había que trabajar por las cosas que valen la pena, que no hay que perder el tiempo en quimeras, que es lo que Laura hizo siempre. Y decidí que yo plantaría manzanos y ciruelos, que tendría una hermosa huerta con árboles frutales que me dieran fruta y sombra, y no quebraderos de cabeza. Y lo arranqué antes de que ella volviera y me convenciera de lo hermoso que sería tener allí un granado, y estudiar Arquitectura y hacer catedrales, y puentes y museos y rascacielos... Tenía que protegerme de los sueños, porque yo sabía que no podría ir a la Universidad, que mi sitio estaba aquí, y que aquí tenía que arreglármelas para seguir viviendo y no morirme de pena cuando ella se fuera...

El magnolio no me hizo falta arrancarlo. Entonces era ya un hombre que estaba de vuelta

de muchas cosas, y sabía de lo que era capaz, y lo que estaba a mi alcance. Mire usted, ahora, en esta tierra, yo soy capaz de hacer crecer lo que se me antoje. Tengo chirimoyos, y mangos y también un granado, ya ve, al final resulta que hasta un granado. Esta tierra es una bendición y sólo hay que buscarles el sitio adecuado, donde les dé el sol y donde escurra la lluvia.

Laura plantó allá arriba una *Magnolia campbellii*, un lujo de árbol, por no decirle una locura. Procede del Himalaya y allí puede llegar a medir cuarenta y cinco metros. En Europa dicen que no pasa de los dieciocho metros, pero éste los ha sobrepasado. Es un árbol espectacular. Tarda mucho en crecer y en dar flores. Veinticinco años exactamente. Un cuarto de siglo, que es mucho tiempo. La primavera pasada floreció por primera vez. No se puede imaginar qué belleza. Echa antes las flores que las hojas y se cubre todo, los veinte metros, de arriba abajo de flores, de millares de flores rosadas que parecen de cera. Por aquí nunca se había visto nada igual. La gente del pueblo venía a verlo, y hasta autocares de turistas, porque como está en lo alto se ve desde la carretera que va a la costa...

Laura no lo vio. Creo que siempre supo que no lo vería florecer. A veces me pregunto por qué lo hizo...

Con franqueza, no creo que usted lo sepa tampoco. Ya sé: tener un hijo, escribir un libro, plantar un árbol, las cosas importantes de la vida. Ella tenía dos hijos, un libro de cuentos para niños y el árbol era lo que le faltaba. Pero lo podía haber plantado en su casa de Madrid. Tenía un chulé con un jardín; era un jardín pequeño, dice mi

hija Maíta, un poco de tierra alrededor de la casa. Pero también hay árboles pequeños, incluso magnolios, que son más propios para jardín y que florecen mucho antes y requieren menos cuidados.

Mire usted, yo he leído mucho sobre los magnolios, me gusta la jardinería y me gusta documentarme, y tenía interés en que este árbol se lograra; así que puedo asegurarle que Laura no quería plantar un árbol, o sea, no quería hacer la tercera cosa importante de la vida, porque eso podía hacerlo en su casa sin molestarse tanto y sin implicarme a mí en ello.

En uno de los libros que leí decía que la *Magnolia campbellii*, el árbol que plantó Laura, es la aristócrata de las magnolias. La aristócrata, ¿se da cuenta? Y Laura vino a plantarlo a una tierra que ya no era suya, pero que había sido de su familia desde siglos atrás. Y me encargó a mí que lo cuidara, porque sabía que si yo no lo cuidaba el árbol no prosperaría. Y dijo: «Se recortará contra el cielo y será una hermosura». Y también me dijo: «Tus hijos y tus nietos disfrutarán de él»...

Han pasado veintisiete años y sigo sin saber si lo hizo por ella, o por mí...